

PEARL S. BUCK

Los chinitos y
el búfalo de agua



Pearl S. Buck escribió algunos cuentos para niños, todos ellos tienen en común el deseo de explicar a la gente de América y Europa la naturaleza y el modo de ser de China según palabras de la propia autora. En *Los chinitos y el búfalo de agua*, una niña americana hace partícipes del secreto de su piedra mágica a dos niños chinos.

Los chinitos y el búfalo de agua

—¿TENÍAS que hablar chino? —preguntó Michael mirando a mamá con los ojos muy abiertos.

—Claro que sí —respondió mamá—. Cuando yo era niña vivía en China, donde todos los niños hablan en chino.

—¿Y les cuesta mucho trabajo? —preguntó Peter.

—No —repuso mamá—. Ellos piensan que es la manera natural de hablar. Lo mismo que tú piensas que la tuya es la manera natural de hablar. Ellos sienten lástima de ti porque tienes que hablar inglés.

Los cuatro niños estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, y el motivo de que estuvieran hablando de China era que su madre les había dado una sorpresa.

Era sábado, y habían jugado al aire libre durante toda la mañana, haciendo sólo las cosas que deseaban hacer. Y en el momento en que pensaban qué harían más adelante y justamente cuando David había dicho: «Tengo hambre», la gran campana que colgaba del pórtico empezó a sonar.

Din-don, din-don. Los niños sabían que aquello significaba: «Venid a casa en seguida». Así que se apresuraron a hacerlo tan de prisa como pudieron. En el pórtico esperaba mamá, y también se encontraba papá fumando su pipa.

—Hay una sorpresa —anunció papá.

Tardaron tres minutos y medio en estar lavados y listos, pues papá les cronometró el tiempo.

—Cerrad los ojos —les dijo papá.

Los niños cerraron los ojos.

—Cogeos de las manos —pidió mamá.

Papá cogió la mano de Peter, pues Peter es el mayor, y mamá tomó la mano de Judy, porque Judy es la menor. En

medio estaban Michael y David, que son los medianos. Así marcharon todos al comedor.

—¡Abrid ahora los ojos! —dijo papá.

Todos abrieron los ojos y... vieron la sorpresa. Estaba sobre la mesa. Se trataba de una comida china.

—¡Qué raro! —exclamó Judy.

—Raro no es precisamente la palabra apropiada —arguyó papá—. Todo es muy rico.

En medio de la mesa había cinco humeantes fuentes llenas de comida, y en cada sitio de la mesa había un tazón lleno de arroz blanco, que también echaba humo.

—Todo el mundo come arroz en una comida china —dijo mamá.

—No hay cuchillos ni tenedores —afirmó David.

—Hay palillos —contestó mamá.

Ésta era la sorpresa, y todos tomaron asiento y todos aprendieron cómo se cogen los palillos con una mano y el tazón con la otra. Al principio no estaban seguros de que les gustasen los nuevos y desconocidos manjares, pero después de probar un bocado, dos o tres, decidieron que eran muy sabrosos, y resultaba verdaderamente divertido verlos comer con palillos. Entonces mamá empezó a decirles los nombres chinos de todos los platos, y Michael preguntó por qué mamá sabía aquellos nombres, y ella respondió:

—Porque cuando yo era niña vivía en China y jugaba con niños chinos y hablaba chino.

—¿Y qué niños chinos eran los que más te gustaban? —preguntó Judy.

Mamá tuvo que pensar a fondo su respuesta.

—Bien —exclamó al fin—. Después de «los chinitos de la casa de al lado», creo que a los que quería más era a los niños del búfalo de agua. Eran hermano y hermana.

Al oír esto, los niños dejaron sus palillos, pues ya estaban hartos de comer.

—Háblanos del niño del búfalo de agua —pidió Michael.

—No, háblanos de su hermana —dijo Judy.

—A mí me gustaría saber algo del búfalo —afirmó Peter, a quien le gustaban mucho los animales.

—¿Qué es un búfalo de agua? —preguntó David.

—Ya os hablaré de todos —contestó la madre—. Pero quizá debía empezar hablando del búfalo, ya que fue lo primero que vi.

Así que mamá empezó hablando del búfalo.

—Debéis saber, hijos, que el búfalo de agua es un animal muy extraño. Parece una vaca, pues su forma es la de una vaca grande. Pero no es una vaca.

—¿Por qué no? —preguntó David.

—Porque tiene los cuernos demasiado separados y largos, mucho más separados y largos que los cuernos de una vaca. Ésta es la primera razón. Tampoco tiene la piel como la de las vacas, sino parecida a la del rinoceronte. Es gruesa, negra y con poco pelo, y ésta es la segunda razón de que no sea una vaca. Y se le llama búfalo de agua porque le gusta permanecer debajo del agua como el hipopótamo, y ésta es la tercera razón de por qué no es una vaca. Supongo que debe de haber aún una cuarta razón, y ésta es que, aunque puede producir un poco de leche, cuando se tiene necesidad de ello, no se emplea para que produzca leche, sino para que tire del arado.

—¡Arado! —gritó Peter, el cual conocía todos los aperos de labranza, pues le gustaba todo lo que se refería al trabajo del campo—. Eso es muy gracioso.

—Si vivieras en China, no pensarías que era tan gracioso, Peter, pues casi todo el mundo ara allí con ayuda de búfalos. El búfalo de que estamos tratando se llama *Big Turnip*^[1].

Los niños se echaron a reír.

—¡Turnip! —gritaron—. ¡*Big Turnip!*

—Le llamaban así porque era muy tardo en sus movimientos —dijo mamá—. Pero no era raro que el búfalo fuera tardo, pues todos lo son. Les gusta más estar quietos que andar, y más permanecer metidos en el agua que cualquier otra cosa. Pero *Big Turnip* era el más lento de todos los búfalos. El dueño de él era el señor Ching, y este señor llamaba al animal *Big Turnip* porque era tan lento que le hacía montar en cólera, y en China se llama *Big Turnip* a las cosas que le hacen a uno enfadar.

—Como la palanqueta de gimnasia —dijo Peter rápidamente.

—Exactamente —contestó mamá—, salvo que en China no se dice *Big Turnip*, sino *Da Lobo*. Así que el búfalo se llamaba *Da Lobo*, pues *Da* quiere decir grande, y *Lobo*, nabo.

Al llegar aquí, mamá tuvo que hacer un alto en su relato, pues todos los niños empezaron a decir: «*Da Lobo, Da Lobo*», una y otra vez, y luego se echaban a reír.

Al fin Peter dijo:

—¿Qué ocurrirá si a un muchacho que me sea antipático en la escuela le llamo *Da Lobo*?

—Lo mejor que podemos hacer es seguir con la historia —se apresuró a contestar mamá, y siguió con la historia.

»Recuerdo perfectamente el primer día en que vi a *Da Lobo*. Había terminado pronto de dar mis lecciones y mi madre estaba muy atareada, así que yo salí de casa con mi libro de cuentos y algunas nueces, para no estar bajo la vigilancia de ella, y me hice un nido entre la hierba que había al otro lado de la verja. La hierba era tan alta que me cubría hasta la cabeza, y me hice un bonito nido y me senté en él, descubriendo que nadie podía allí verme. Luego abrí mi libro de cuentos. Se trataba de *Las mil y una noches*. Lo recuerdo muy bien porque estaba leyendo la historia de la lámpara de Aladino. Casqué mis nueces y empecé a leer. El sol iluminaba mi pequeño nido y lo calentaba; la hierba aplastada despedía un agradable olor, y fuera, en el valle,

un tordo cantaba con voz aguda. No soplaban el viento y era un día de primavera en el que no hacía ni demasiado frío ni demasiado calor, y recuerdo que me sentía perfectamente feliz.

—Yo también conozco esa clase de días —exclamó Judy—. Los tenemos también aquí.

—Sí, tienes razón —dijo mamá—. Bien, era uno de esos días. Me sentía muy bien al aire libre y estaba muy contenta porque me había sabido bien mis lecciones aquella mañana, y tenía toda la tarde para mí sola. Así que seguí leyendo y comiendo hasta que llegué a la página del libro en que Aladino frota su lámpara; y continué luego hasta que Aladino encuentra a la princesa y acaban viviendo felices. Cuando terminé el cuento no tuve ganas de empezar otro en seguida, y me eché boca arriba, mirando al cielo mientras pensaba: «¿Y si yo encontrara una lámpara maravillosa?». Me incorporé y miré la hierba que me rodeaba.

»¿Y si encontraba una vieja y enmohecida lámpara maravillosa? A veces había descubierto objetos extraños en las montañas chinas. Había viejas tumbas construidas hacía mucho tiempo, tumbas que la gente había olvidado, y el viento soplaban sobre ellas, y la lluvia las mojaba, hasta que las paredes de las tumbas desaparecían, y yo encontraba luego antiguos jarros y tazones, que la gente de hace mucho tiempo había puesto allí lo mismo que ahora ponemos flores. Yo quitaba la tierra de los jarros y los lavaba, y luego los colocaba en lo que yo llamaba mi museo. Bien; aquel día miré con todo detenimiento alrededor. Pero no vi nada que me llamara la atención, excepto una pequeña y pulida piedra blanca. Era una piedra no muy corriente allí, donde había muy pocas piedras. La cogí y pensé: «¿Y si se tratase de una piedra mágica?». La tuve un rato en la mano, y cuanto más la miraba más creía sentir que era una piedra mágica. Así que cuando casi estaba segura, la froté como Aladino frotaba su lámpara. ¿Os acordáis?

Los niños asintieron con la cabeza. Todos conocían el cuento de Aladino.

—¿Y qué pasó? —preguntó David con sus azules ojos muy abiertos.

—Al principio nada —repuso mamá—. De modo que la apreté un poco más para calentarla y luego dije: «¡Abra-cadabra!» sólo como medida de precaución, mientras continuaba frotando la piedra lo más fuerte que podía, y entonces...

Mamá miró los rostros de los niños. Incluso papá se había quitado la pipa de la boca y escuchaba con atención.

—Ocurrió algo —continuó mamá—. La alta hierba empezó a moverse, y yo me agaché y miré a través de los verdes tallos, hasta que vi unas patas y cuatro negras pezuñas y una delgada y suave cola, y empecé a sentirme un poco asustada. Pero ¿qué podía hacer yo, excepto quedarme quieta y esperar? Un segundo después las cuatro patas estaban muy cerca de mí y las cuatro pezuñas se acercaron, y yo alcé la cabeza, y encima de mí estaba la gran cabeza de un búfalo de agua. De su negra nariz pendía un gran anillo y de éste partía una cuerda que le pasaba por el cuello. Yo di un salto, realmente asustada ante lo que había aparecido como consecuencia de haber frotado la piedra, y me aparté de la gran cabeza y de los grandes ojos negros, tan grandes como pelotas de tenis, y de los grandes cuernos. «¡Ay!», grité. Hubiera querido no frotar la piedra.

»Entonces vi lo que no había visto antes. Sobre el lomo del enorme búfalo había dos niños, un muchacho de mi edad (yo tenía ocho años) y una niña que no pasaría de cinco. Los dos me miraron y yo les miré, y pronto me di cuenta de que ellos se habían asustado tanto de mí como yo del búfalo, así que a mí se me pasó en seguida el miedo. Al cabo, el muchacho se sintió con el suficiente valor para hablarme.

»—¿Eres tú la niña extranjera que vive en lo alto de la colina? —me preguntó.

—¿Por qué te llamaba extranjera? —preguntó Michael.

—Porque yo era extranjera para él —repuso mamá—. Él era un niño chino que vivía en China, y tenía ojos y cabellos negros como tienen todos los chinos. Yo tenía ojos azules y cabello rubio, lo cual les parecía muy cómico.

—Pero no somos cómicos, ¿verdad, mamá? —preguntó Michael, que tenía el cabello rubio.

—Lo somos cuando vivimos en China —replicó mamá—. Pero yo estaba acostumbrada a eso y no me importaba. Así que pregunté al muchacho:

»—¿Quién sois?

»—Yo soy el hermano mayor —repuso el muchacho—, y ésta es mi hermanita, y el búfalo es *Da Lobo*.

»Yo me reía, como habéis hecho vosotros al ver que llamaban al búfalo Gran Nabo, así que dije:

»—¿Por qué llamáis *Da Lobo* al búfalo?

»—Porque es tan tardo, que hace enfadar a mi padre —contestó el hermano mayor.

»Durante todo este tiempo la hermanita había permanecido cogida a la cintura de su hermano sin pronunciar una palabra. Pero era una niña muy bonita. Tenía la cara redonda y una boquita muy roja, que tuvo abierta todo el tiempo, así que se le veían los dientes, y su negro cabello estaba recogido en una sola trenza atada con una tira de tejido escarlata, y tenía un flequillo negro muy tieso que casi le llegaba a sus redondos ojos negros. Tanto ella como su hermano iban descalzos, y el lomo de *Da Lobo* era tan ancho que las piernas de los niños quedaban tiesas.

»*Da Lobo*, viendo que habíamos empezado a hablar, tomó la determinación de estarse quieto y no hacer nada, que era lo que hacía siempre que le era posible. El animal miró alrededor para ver si podía comer algo y empezó a mordisquear la hierba más cercana, aunque era tan tiesa y sus puntas tan agudas que ningún animal sino un búfalo hubiera podido comérsela.

»—Bajad —dije a los dos niños—. Vamos a jugar.

»El hermano mayor se deslizó hacia abajo por el vientre del búfalo y la hermanita le siguió, pues no se apartaba de él ni un solo instante. Cuando los dos niños llegaron a tierra, la niña continuó con sus brazos enroscados a la cintura de su hermano, mirándome por encima del hombro de éste.

»—¿Por qué tiene miedo de mí? —pregunté al hermano mayor.

»—¿Cómo voy a saberlo? —contestó el hermano mayor—. Ella es sólo una niña.

»—Yo también soy una niña —repuse yo—, y no tengo miedo. Por lo menos, sólo he tenido miedo de *Da Lobo*, y eso porque se ha presentado aquí traído por mi lámpara maravillosa..., quiero decir mi piedra maravillosa.

»—¿Dónde está tu piedra maravillosa? —preguntó el hermano mayor.

»Yo cogí la piedra, que había dejado caer cuando me asustó *Da Lobo*, y se la enseñé al niño para que la viera.

»—¿Es realmente una piedra maravillosa? —preguntó el hermano mayor mirándola de hito en hito.

»—Cuando yo la froté, *Da Lobo* apareció con vosotros montados sobre su lomo —repuse.

»—Pero nosotros hubiéramos venido de todos modos —contestó el hermano mayor—. Nosotros vamos de camino hacia el otro lado de la montaña para que *Da Lobo* paste allí. Padre acabó de arar el arroz esta mañana y nos dijo que llevásemos al prado a *Da Lobo* esta tarde, y por eso hemos pasado por aquí.

»—Quizá la piedra no sea mágica —dije yo.

»—Frótala —me pidió el hermano mayor.

»—No, frótala tú —contesté yo.

»Los dos teníamos miedo de frotarla.

»—Eres tú el que tiene que frotarla —dije yo al fin—, porque tú eres un muchacho.

»Entonces, naturalmente, el hermano mayor tuvo que demostrar que era valiente y dio un paso hacia delante, y la

hermanita, pegada a su cintura, dio un paso también, y cuando el muchacho la sintió tras él, se enfadó con ella.

»—Vete de aquí, conejito —dijo apartando los brazos de la niña de su cintura al tiempo que la niña empezaba a llorar.

»—No la llames Conejo —dije yo.

»Debéis saber que en China no se llama conejo a la gente, ya que no es una palabra bonita. Y cuando vi a la hermanita con sus grandes ojos negros llenos de lágrimas, me sentí tan triste que corrí a abrazarla.

»—Tú no eres un conejo —dije—, y él es una tortuga.

»Esto estuvo mal por mi parte, pues en China tan feo es llamar a la gente tortuga como conejo.

»—Yo no soy una tortuga —contestó el hermano mayor.

»—Entonces tu hermanita no es un conejo —repliqué.

»El niño pensó en esto durante un minuto, pero en realidad lo que él ansiaba era probar la piedra, así que dijo:

»—No hablemos ahora de conejos ni de tortugas.

»El niño levantó la piedra y la frotó un poco, pero nada ocurrió.

»—Tienes que decir: «Abracadabra» —dije yo.

»—¿Y qué es eso? —preguntó él asombrado.

»—Es una palabra mágica —repuse yo.

»—Si es magia extranjera, yo no la puedo hacer —murmuró el muchacho.

»—No es magia extranjera. Es simplemente magia —le contesté—. Mira, te escribiré la palabra.

»Cogí un palo, alisé un poco la tierra y escribí el nombre tan claramente como pude.

»—Yo no la sé leer —dijo el muchacho—. No he ido nunca a la escuela. Pero, además, no conozco esas letras. Nunca he visto nada parecido. Deben de ser extranjeras. Yo no puedo decir la palabra.

»—Entonces la piedra no realizará su magia —dije.

»El niño pensó un rato y luego dijo:

»—Me llevaré la piedra a mi casa y la tendré allí toda la noche, y si mañana me atrevo a decir la palabra, vendré aquí cuando el sol esté a medio camino entre la montaña y la parte más alta del cielo.

»Y el niño señaló con el dedo el sitio que decía.

»—¿Y si no te atreves? —pregunté yo.

»—Entonces vendré a decírtelo y te devolveré la piedra.

»Se metió la piedra en su cinturón, pues llevaba solamente unos cortos pantalones y su cinturón era una tira de tela azul arrollada alrededor de la cintura, y él la usaba como bolsillo y también para tener arremangados los pantalones. Luego dio un grito a *Da Lobo*, que durante todo el tiempo había estado muy quieto masticando la hierba, la cual no debía de gustarle mucho a juzgar por la cansada expresión de sus ojos. Pero continuó masticándola en lugar de cambiar de sitio para buscar algo mejor, pues el búfalo era muy perezoso. Pero cuando el hermano mayor dio un grito, el animal obedeció inmediatamente como un corderito, aunque era una bestia enorme y él un niño pequeño.

»—¡Abajo! —gritó el niño.

»Al oír esta palabra, el búfalo bajó la cabeza y el hermano mayor saltó sobre ella, agarrándose a los grandes cuernos y trepando luego a lo largo del cuello. Y en un minuto, en un segundo, mucho antes del tiempo que yo empleo en contarle, el niño estaba otra vez sobre el lomo del animal con las piernas tiesas. Entonces la hermanita se agarró a la cola de *Da Lobo* y trepó por las piernas traseras con la misma rapidez que su hermano, sentándose detrás de él y con las piernas también tiesas.

»—Hasta que nos veamos —dijeron los dos a un tiempo.

»De esta forma se despide uno en China.

»—Hasta que nos veamos mañana —contesté yo.

»*Da Lobo* sabía, naturalmente, que él tenía al fin que moverse. Pero no lo hizo hasta el último instante, y ese instante fue cuando la hermanita se volvió y retorció fuerte-

mente la cola del animal. Entonces *Da Lobo*, resopló por su grueso hocico y echó a andar muy despacio, moviendo muy lentamente su gran cuerpo, y muy pronto todo lo que yo pude ver fueron las cabezas de la hermanita y su hermano mayor por encima de la alta hierba.

Al llegar aquí mamá se detuvo para recordar y para sonreír, olvidándose de dónde estaba. Pero los niños deseaban que volviera a ellos y no pensara en nada más.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Judy.

Peter bajó de la silla y dio la vuelta para inclinarse sobre su madre.

—No te detengas, mamá —pidió Michael.

—¿Se trataba realmente de una piedra mágica? —preguntó David.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —contestó mamá—. Yo no podía decidirlo sola, así que me fui a casa. No dije nada a nadie, pues si se habla de las cosas mágicas dejan de ser mágicas. Durante la noche, cuando me desperté y oí la gran campana del templo sonar en la oscuridad, pensé en la piedra, y me pareció que sí debía de ser mágica. Pero a mí siempre me atemorizaba un poco el ruido de la campana por la noche. Aquella campana parecía un trueno. Yo había entrado en el templo, y otras veces había estado cerca de él cuando un sacerdote tocaba la campana, cuyo sonido era como el del trueno. Por la noche, sola en mi cama, sentía que el sonido se extendía por la montaña lo mismo que el del trueno.

—Yo tengo miedo del trueno —dijo Peter con una voz tan débil que su madre le hizo una caricia.

—Yo también solía tener miedo del trueno —repuso mamá—, y quizá por eso la gran campana me asustara un poco. Así que aquella noche, cuando la oí, estuve segura de que la piedra era mágica. Pero cuando me levanté por la mañana y comí un plato muy grande de gachas, como siempre hacía, y vi que el sol brillaba por todas partes a mi

alrededor, entonces ya no estuve tan segura sobre el poder mágico de la piedra.

»Aquel día me di prisa para mis lecciones, aunque tenía que aprenderme de memoria la tabla de multiplicar por tres, y yo era lenta en aprenderme las tablas. Mi madre estaba muy sorprendida y me preguntó qué pensaba hacer después de aprenderme mis lecciones, añadiendo que esperaba que si me había dado tanta prisa no sería para hacer ninguna travesura.

»—¡Oh, no! No es ninguna travesura —repuse yo—. Es sólo algo de magia. Pero no te lo puedo decir hasta después.

»Así que cuando el sol estuvo a medio camino entre la montaña y la parte más alta del cielo, y exactamente en el sitio que había señalado con el dedo el hermano mayor, yo me encontraba en mi nido de hierba esperando. No tuve que aguardar mucho tiempo. Unos minutos más tarde vi que dos cabezas se balanceaban por encima de la hierba y un instante más tarde la hierba se apartaba y vi de nuevo a *Da Lobo*, exactamente lo mismo que el día anterior. Pero aquel día ya no sentí miedo, y allí, sobre el lomo del búfalo, estaba el hermano mayor con sus cortos pantalones de algodón azul, y pude ver el bulto que le hacía la piedra en el cinturón. Detrás de él estaba la hermanita pequeña con su descolorida chaqueta roja y sus pantalones azules. La niña se pegaba a la cintura de su hermano, y sus desnudas piernas estaban rígidas. Pero el hermano mayor parecía muy solemne.

»—Hermano mayor y hermanita —dije yo—, ¿habéis comido ya vuestro arroz?

—¿Y por qué preguntaste eso? —preguntó David a mamá.

—Porque en China ésa es la forma cortés de saludar a la gente.

»Hermano mayor también fue cortés.

»—Ya lo hemos comido. Y tú ¿lo has comido?